

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 157

Relación de lo ocurrido en Guanajuato desde el 13 de septiembre hasta el 11 de diciembre de 1810

Relación de lo acaecido en esta ciudad de Guanajuato desde el día 13 de septiembre hasta 11 de diciembre de 1810

El jueves 13 de septiembre de 1810, se dio la noticia al señor don Juan Antonio de Riaño, intendente de esta capital, por don Francisco Bustamante capitán del batallón de ella, de que el cura de Dolores don Miguel Hidalgo, asociado de los capitanes del Regimiento de la Reina don Ignacio Allende, don Juan Aldama y don Mariano Abasolo, tenían formada una conspiración para sorprender la noche del 1º de octubre a todos los europeos avecindados en esta ciudad, apoderándose de sus caudales, y que para esto se habían coligado con los sargentos de este batallón Juan Morales, Fernando Rosas, e Ignacio Domínguez, y con el tambor mayor José María Garrido, a fin de que estos ganasen a los soldados que estaban de guardia y ayudasen en la empresa.

No quiso el referido señor intendente creer a primera vista semejante denuncia, hasta que por el citado Bustamante se le hicieron ver documentos que justificaban su aserto, además que Garrido se delató voluntariamente, manifestando 70 pesos que había recibido para el proyecto.

Luego que el señor Riaño estuvo satisfecho de la verdad del caso mandó a Garrido fuese a Dolores y le trajese una noticia individual de las disposiciones del cura Hidalgo, conminándolo con pena de la vida si no desempeñaba bien el encargo. Ínterin esto se verificaba comisionó al sargento mayor don Diego Berzabal, para la prisión de los

sargentos cómplices, la cual se verificó la madrugada del 14 de septiembre sin percibir el público la causa de ella; y examinados por el comisionado confesaron de liso en llano todo el hecho. Volvió Garrido de su expedición, y dio parte de que el cura Hidalgo tomaba con eficacia las medidas para verificar su proyecto en el día citado, lo que oído por el señor intendente, mandó se le pusiese en la prisión que a los demás para que no sospechasen su delación. Inmediatamente libró orden al subdelegado de San Miguel el Grande, para que aprendiesen a los capitanes Allende y Aldama, y que con la mayor violencia pasase al pueblo de Dolores e hiciese lo mismo con el cura Hidalgo y don Mariano Abasolo. Al mismo tiempo encargó a don Francisco Iriarte, que casualmente se iba a la villa de San Felipe inmediata al pueblo de Dolores, que observase los movimientos del cura y le diese parte de la más ligera novedad.

El martes 18 de septiembre, día en que Guanajuato se hallaba lleno de consternación y sentimiento, por haberse enterrado al virtuoso y benéfico europeo don Martín de la Riva, al acabarse sus funerales a las 11 ½ de la mañana, llegó un expreso mandado por Iriarte, el que daba parte al señor intendente, que habiendo interceptado el capitán Allende la orden que su señoría mandaba al subdelegado de San Miguel el Grande que queda referida, se fue a Dolores donde llegó el día 15 a las 12 de la noche, conferenciando con el cura Hidalgo se levantó éste, y con 5 hombres voluntarios y 5 forzados comenzó su empresa, prendiendo a 7 europeos de Dolores, incluso el padre sacristán, confiscando y repartiendo sus bienes, lo mismo hicieron en San Felipe el día 16 caminando con todos los presos para la villa de San Miguel donde había ejecutado lo mismo, de donde por momentos con multitud de gentes que se le habían asociado debía venir a esta capital.

Sorprendido con la noticia el señor intendente mandó tocar generala, se juntó el batallón que estaba sobre las armas, y casi todo el vecindario así europeos como

americanos, y un gran número de plebe. Al mismo tiempo se veían correr hombres a caballo y a pie por todas direcciones; se cerraron las puertas de las casas. La comunidad de San Diego se presentó en la puerta del templo enarbolando un Santo Cristo. Las plazas quedaron solas y todo causaba el mayor horror y confusión. Cerciorado el público del hecho, se le advirtió el mayor empeño de entrar en acción con los enemigos, los que según el general entusiasmo si entran aquel día hubieran perecido sin remedio; y se aseguraba estaban a tres leguas de esta ciudad.

A las 2 de la tarde mandó el señor intendente juntar en las Casas Reales a los prelados de las religiones, eclesiásticos y vecinos distinguidos, exhortándolos y noticiándoles estos hechos, asegurándoles que le parecían muy bastas y fundadas las medidas del cura, y temía con fundamento que dentro de 6 horas sería su cabeza el escarnio del pueblo. En la tarde se condujeron maderas cerrando las bocacalles principales, con trincheras y fosos, poniendo a los vecinos sobre las armas, estableciendo patrullas de a caballo, mandando avanzadas de 40 hombres a Santa Rosa, Villalpando y Marfil, puntos por donde se temía la invasión.

El jueves 20 a la una de la mañana se tocó generala, por haber dado parte la avanzada de Marfil de que se descubría gente enemiga, y se puso la ciudad en movimiento, aunque se advirtió no reinaba ya el entusiasmo que el primer día, pero se atribuyó a lo incómodo de la hora, y este movimiento duró hasta las 2 ½ de la mañana en que llegó nuevo parte, diciendo no haber nada, y que la causa fue dos balazos que se le antojó tirar al cura de Marfil.

Seis días se mantuvo este género de fortificación guardándose una vigorosa disciplina en la guarnición, como en la mejor plaza de armas.

El lunes 24 del mismo amaneció la ciudad sin las trincheras y cegados los fosos, cosa que se extrañó demasiado hasta que se tuvo noticia de que la noche anterior, había dispuesto el señor intendente, hacerse fuerte en la nueva y hermosísima alhóndiga de Granaditas, situada en la entrada principal de esta ciudad, en una pequeña altura, lo cual verificó dicho señor retirándose a ella, y llevándose consigo cuanto existía en la Real Tesorería de plata y oro acuñado, en barras, azogue en caldo, bulas, papel sellado, archivo, incluso el de la ciudad, y cuantos utensilios existían en aquella real casa, con la Caja de Provincia, que contenía los caudales de propios, y bienes de comunidad, señalando una pieza donde asistiesen los ministros de Real Hacienda y demás oficiales. Hecho esto mandó construir tres trincheras en las tres calles principales que conducen a dicha alhóndiga, con maderas de encino y fosos en que se trabajaba con la mayor actividad, dejando una especie de plazoleta que circundaba a la misma alhóndiga. Hizo entrar en ella al batallón de infantería, dos compañías de Dragones del Príncipe que vinieron de Silao, la mayor parte de los europeos y muchos americanos decentes, todos armados, con lo que se creyó seguro de poderse mantener por muchos días hasta que le llegase alguno de los auxilios que había pedido con expresos al excelentísimo señor virrey de México y al señor comandante de brigada don Félix Calleja, y para sostenerse en caso de sitio, acopió todo genero de víveres capaz de mantener por tres o cuatro meses a 500 personas que compondrían la guarnición del fuerte.

(Véase la nota número 1).— Este acontecimiento tan inesperado puso a toda la ciudad en el mayor conflicto por ver el desamparo en que había quedado, reduciendo a un solo punto la defensa; y esto movió al señor alférez real don Fernando Pérez Marañón, a citar un acuerdo que debía presidir el señor intendente, lo que se verificó la tarde del 26 en la misma alhóndiga. El citado señor alférez real fue el primero que habló en aquella junta,

manifestándole al señor intendente el desconsuelo en que se hallaba toda aquella ciudad por haberse retirado su señoría a aquel punto con toda la tropa, de que resultaba quedar el lugar en un total desamparo, incapaz de defenderse en caso de algún asalto; a lo que contestó el señor Riaño que le había sido indispensable tomar aquel partido, atendiendo a la poca gente que tenía de guarnición, por lo que había elegido aquel lugar por más fuerte, por ser todo de cuartón y bóveda para poderse mantener en él custodiando los reales intereses, hasta morir al lado de ellos como lo tenía de obligación, y que el vecindario se defendiera como pudiera, con lo que terminó el acuerdo y el señor intendente siguió dirigiendo sus obras, tapando por dentro con calicanto una de las dos puertas de aquel edificio, y haciendo preparativos para la defensa con pólvora, balas, y un género de bombas que se inventaron con los frascos de hierro en que viene envasado el azogue en caldo, los que llenos de pólvora y apretados los tornillos, se les hizo un pequeño agujero para ponerles una mecha y arrojarlos a su tiempo a los enemigos, cuyos cascos hechos pedazos al reventar hicieron el mayor estrago. Los días siguientes se emplearon en acabar de abastecer el fuerte de algunas cosas que faltaban, y en recoger los más de los caudales de los europeos, quienes creyéndose allí enteramente seguros, metieron cuanto pudieron de dinero, barras de plata, alhajas preciosas, las mercaderías más finas de sus cajones, baúles de ropa, alhajas de oro y diamantes, y cuanto tenían de más valor en sus casas; de modo que en más de treinta salas de bóveda que tiene en su interior aquel edificio, siendo éstas de bastante extensión, casi no se podía entrar a ellas por la multitud de cosas que allí se guardaron, de manera que no bajaría de cinco millones a lo que ascendía el valor de lo encerrado en aquella fábrica. Lo del rey se dice sería como medio millón de pesos en plata y oro acuñado y sin acuñar y setecientos quintales de azogue en caldo. Otras piezas se hallaban llenas de todo género de víveres los que con la provisión de agua del aljibe, mucho maíz y 25 molenderas que

también se introdujeron fincaban una cierta esperanza de mantener por muchos días aquel fuerte, sin reflejar que se halla circundado de alturas indefensas, como son el cerro de Cuarto, el del Venado, la azotea de Belén y otras casas que hacen infructuosa la defensa, como lo acreditó la experiencia.

El día 26 salieron fugitivos de esta ciudad muchos europeos que se mostraban los más valerosos, entre ellos don Modesto de Villa, don José González, don Juan Ortiz, don Juan Portegueda, don Pedro de la Riva, don Juan Zamora, y otros que desaparecieron del fuerte, infundiendo su fuga bastante desaliento en todos los vecinos de esta ciudad, de modo que ya no hubo quien asistiera a las avanzadas de Santa Rosa y Villalpando; pues de ochenta personas que las componían, sólo quedaron de seis a ocho. Al mismo tiempo cesó el entusiasmo de la plebe, diciendo públicamente en las vinaterías y plazas, que ellos no se metían en nada, y se advertía de la oración a las diez de la noche gente baja sentada en las banquetas de la plaza, diciendo, que allí esperaban el saqueo, para ver si les tocaba alguna cosa.

(Nota 2ª).— El día 27 por la tarde se abrieron las puertas del castillo y salió el señor intendente marchando con su gente hasta la plaza mayor, donde la mandó formar en batalla; ésta se componía de cosa de trescientos hombres poco más; la primera y tercera fila de soldados del batallón con sus fusiles y banderas, y la de en medio toda de europeos en diversos trajes, y a los lados dos compañías de 35 hombres de caballería comandados por los capitanes don Joaquín Peláez y don José Castilla, tan mal montados los más de los soldados que los caballos ni hacían al freno, y eran muy ruines y flacos que sin remuda sufrieron las patrullas de las noches antecedentes. Los más de los soldados y europeos quedaron de guarnición en la alhóndiga.

El viernes 28 de septiembre día terrible y memorable para esta ciudad a las once de la mañana llegaron a la trinchera de la cuesta que sube de la calle de Belén a la alhóndiga don Mariano Abasolo y don Ignacio Camargo, el primero con divisa de coronel y el segundo de teniente coronel acompañados de dos dragones y dos criados con lanzas, y entregaron allí un oficio que traían del cura Hidalgo para el señor Riaño, quien mandó decir por medio de su teniente letrado, que era necesario esperasen la respuesta por tener que consultar antes de darla, lo que oído por Abasolo se marchó inmediatamente, dejando a Camargo que aguardase la respuesta, y antes de que se la dieran, pidió licencia para entrar en el fuerte por que tenía que hablar en lo verbal, la que se le concedió, y desde la trinchera se le condujo con los ojos vendados a usanza de guerra, hasta que llegó a la pieza donde debía estar. Allí se le quitó la venda y estuvo en conversación con el teniente letrado, don Francisco Iriarte, don Miguel Arizmendi y otros individuos en cuya compañía se le sirvió la sopa, y se mantuvo conversando hasta que se le despachó. Ínterin pasaba esto, hizo juntar el señor intendente a todos los europeos y oficiales de tropa, y mandó que en voz alta se le leyese el oficio, que acababa de recibir, el cual en sustancia decía “que el numeroso ejército que comandaba lo había aclamado en los campos de Celaya por capitán general de América, y que aquella ciudad con su ayuntamiento lo había reconocido por tal, y se hallaba bastantemente autorizado para proclamar la independencia que tenía meditada; pero que siéndole de obstáculo los europeos le era indispensable recoger a los que existían en este reino y confiscar sus bienes, y así le prevenía que se diese por arrestado con todos los que le acompañaban, a quienes trataría con el decoro correspondiente y de lo contrario entraría con su numeroso ejército a sangre y fuego, y sufrirían el rigor de prisioneros de guerra, firmando Miguel Hidalgo capitán general de América.” Al pie de dicho oficio le decía al señor intendente “que la amistad y buena ley que le había profesado le hacia

ofrecerle un asilo para su familia, en caso adverso.”

Acabado de leer el oficio dijo el señor intendente “Señores ya ustedes han oído lo que dice el cura Hidalgo; este señor trae mucha gente, cuyo número ignoramos, como también si trae artillería, en cuyo caso, es imposible defendernos. Yo no tengo temor, pues estoy pronto a perder la vida en compañía de ustedes pero no quiero crean que intento sacrificarlos a mis particulares ideas. Ustedes me dirán las suyas que estoy pronto a seguirlas.” Un profundo silencio siguió a esta peroración, los más pensaban rendirse considerando la poca fuerza con que contaban; otros se hallaban con el corazón atravesado de pena en consideración a sus familias que habían dejado expuestas en la ciudad, pero temían ser los primeros en levantar la voz, hasta que lo hizo don Bernardo del Castillo, diciendo “no señor no hay que rendirse, vencer o morir” y oído por los demás, siguieron su dictamen y el señor intendente luego que estuvo satisfecho de la voluntad de todos se salió a contestar diciendo continuamente ¡Ah, ah, pobres de mis hijos los de Guanajuato!.

Con la mayor entereza respondió el oficio al señor Hidalgo diciendo “que no reconocía más capitán general de la América que al excelentísimo señor virrey don Francisco Javier de Venegas, ni podía admitir otra reforma en el gobierno que la que se hiciese en las próximas Cortes que estaban para verificarse, y que en esta virtud estaba dispuesto a defenderse hasta lo último con los valerosos soldados que lo acompañaban”, firmando con tal serenidad como si despachara su correo ordinario. Al pie del oficio le contesta la carta particular al señor Hidalgo diciéndole “que la diferencia en modos de pensar no le impedía darle las gracias por su oferta y admitirla en caso necesario.”

Despachado con esto a Camargo, comenzó el señor intendente a dar sus disposiciones para recibir al enemigo, colocó tropa en la trinchera y el resto con los europeos, parte en la plazoleta de fuera de la alhóndiga y parte en la azotea donde se puso

bandera de guerra; las dos compañías de caballería se hallaban formadas dentro de las trincheras para defenderlas; se proveyó de cartuchos y demás necesarios, tomando la tropa un corto refresco; algunos sacerdotes y religiosos confesaban al que quería y todo estaba listo pero tanto en las alturas como alrededor del fuerte no se veía más que la plebe sentada como quien aguarda alguna diversión. A la una de la tarde comenzó a entrar el ejército por la calzada que se componía de muchos indios honderos, algunos de flecha y garrote, los demás de lanza con algunos fusiles; seguía la caballería compuesta de rancheros con lanzas, espadas y machetes, soldados con toda su forniture de Dragones de la Reina de San Miguel, y regimiento de infantería de Celaya, que en todo compondrían 20,000 hombres.

(Nota 3ª).— El fuerte estaba comunicado por una puerta con la hacienda de platas nombrada Dolores cuya noria y bardas dominaban la calzada y desde allí comenzaron los europeos a tirar algunos tiros de que murieron tres indios, lo cual visto por los demás se dividieron en dos trozos parte de los de a pie y caballería tomó por detrás de Pardo para subir al cerro de San Miguel bajando los primeros por el Venado y los segundos por la calzada de las Carreras; y el otro trozo todo de a pie tomó por detrás de Flores para subir al cerro del Cuarto; de trecho a trecho se veían banderas de todos colores que parecían ser mascadas puestas en palos con una estampa de Nuestra Señora de Guadalupe. Todos los de a pie se pusieron sobre las azoteas y en sitios donde alcanzaba la honda; al mismo tiempo que otros en el río quebraban piedras y se las daban a los proveedores que como hormigas subían a todas partes; era tal el aguacero de piedras que en un momento no quedó ninguna persona en la azotea de la alhóndiga, y ésta y el patio concluida la acción tenía una cuarta de las arrojadizas. El trozo de caballería que bajó por las Carreras era de 2,000 hombres, los que fueron inundando las calles y llegando a la cárcel dieron libertad a cincuenta y tantos reos de causa criminal y a otros muchos, como también a las presas de las recogidas,

llevándolos delante con dirección a la alhóndiga, gritando todos Viva María Santísima de Guadalupe y viva la América.

En el tránsito que hacían por esta ciudad los de a caballo tiraron varios fusilazos a los balcones de las casas cerradas y gritaban que abrieran las puertas. En la de don Francisco Marino quebraron la vidriera del balcón y un candil de cristal; y en la de don Diego Centeno a más de varios tiros rompieron las puertas y repartieron a la plebe toda la confitería.

Situados los honderos en sus puestos, los fusileros en el cerro del Cuarto (que sólo dista el ancho de una calle de la alhóndiga) y otros desde el Venado se comenzó la batalla con un fuego tan vivo que no se podían ni comprender el número de tiros; el silbido de las balas se percibía por todas partes así como la gritería inmensa de la plebe unida con los indios, que luego dieron providencia de saltar las trincheras a pesar de que éstas se hallaban llenas de muertos del fuego que hacía la tropa y los europeos. No tardó tres cuartos de hora en perderse la trinchera a cuyo tiempo debía maniobrar la caballería. En vano se esforzaron los capitanes Peláez y Castilla, pues los soldados no quisieron obedecer, lo cual visto por el señor intendente mandó tocar retirada adentro del fuerte, y los indios se apoderaron de los caballos de la tropa, y sólo abrían campo delante de la puerta del castillo de donde se les hacía un fuego muy vivo; fue de notar un indio hondero a quien dieron un balazo en la rodilla, el cual con esta herida no cesaba de mover su honda; entonces recibió el señor intendente una pedrada en la mejilla izquierda de que derramó bastante sangre. Serían las dos y media de la tarde cuando advirtió su señoría que el centinela de la puerta se había fugado abandonando el fusil, el cual tomó, y puesto con él al hombro hacía de centinela tirando varios tiros con cartuchos que le pedía a un sargento; advertido por éste del peligro, no quiso abandonar el puesto, lo cual visto por un cabo del regimiento de Celaya, preguntó

a otros que quien era aquél soldado tan decente, y habiéndole respondido que era el señor intendente, dijo pues voy a matarlo, y dando un pequeño brinco para tomar mampuesto, le metió el punto con tal acierto, que le dio la bala arriba del ojo izquierdo, descalabrando la misma a un cabo del batallón que estaba a sus espaldas; encogió los hombros y cayó muerto, terminando sus preciosos días; aquel valeroso jefe, cuya memoria y el amor que tenía a esta ciudad, harán eterna su memoria y objeto de compasión por su desgraciada familia. El sargento mayor, el cabo y sargento relacionados subieron su cuerpo al cuarto número 21, donde ocurrieron todos a compadecer tal desgracia. Su hijo don Gilberto se abrazó de su padre y habiéndose levantado exclamó diciendo “al fin mi buen padre moriste con el honor que viviste; pero yo no puedo sobrevivir a tu desgracia” y metiendo mano a una pistola la preparó con ánimo de quitarse la vida, si no lo hubieran contenido varias personas de respeto y sólo se serenó con la pretexto de que lo iban a poner en el punto más peligroso.

Luego que murió el señor intendente se cerró la puerta de la alhóndiga, y se dividió el ejército parte en las ventanas y parte en la hacienda de Dolores desde donde se hacía un terrible fuego en todas direcciones; comenzó el enemigo a dar barrenos en una esquina, a minar por el caño principal para introducirse en lo interior a poner fuego en las puertas y a pesar de los muchos que morían se sucedían otros con ocote y brea para conseguir su intento. No fueron bastantes quince frascos para hacerlos retroceder ni les acobardaba ver morir a sus compañeros, lo cual advertido por el sargento mayor les dijo a gritos, que era mejor rendirse pues no concebía esperanza de la empresa, entonces unos echaban dinero por las ventanas, otros corrían y tiraban las armas; no había orden ni obediencia, otros querían morir antes que entregarse, y no se sabe quién dio un balazo al sargento mayor don Diego Berzábal de que cayó muerto, atribuyéndose este hecho a uno de sus mismos

soldados que reprehendió; éstos se desnudaban tirando las casacas y desde entonces ya no hubo defensa ni cabeza, ni orden; con mucho trabajo se enarboló bandera de paz, a cuyo tiempo todavía no ardían las puertas y habiendo cesado el fuego y piedras, se arrimaron los indios y plebe; mas como los de la hacienda de Dolores no sabían lo que pasaba en el castillo, les hicieron un fuego muy vivo y el hijo del señor intendente sin poderlo contener, arrojaba frascos haciendo uno y otro muchísimo estrago; gritaron todos traición traición y sus jefes les dijeron que no se perdonaba vida; pusieron más fuego a las puertas que ardían y las ganaron a las tres y media de la tarde con una algazara que se percibía en todo Guanajuato; la humareda, los gritos y la multitud acabó de acobardar a cuantos estaban dentro, abrazándose unos de los sacerdotes y otros poniéndose de rodillas; pero muy lejos de apiadarse comenzaron a matar a cuantos encontraban, desnudándolos a tirones, y echándoles con las hondas laso al pescuezo y a las partes, y mientras estiraban unos, otros les daban lanzadas acabando en medio de los más lastimosos clamores; algunos europeos y criollos intentaron defenderse e hicieron muchísimas muertes, pero la multitud los vencía. Los de la hacienda de Dolores intentaron salirse por la puerta falsa que cae al puente de palo, pero cuando iban en las caballerizas, la echaron abajo los indios y plebe, y comenzaron allí la matanza. Refugiados los más en la noria hacían maravillas de valor, principalmente don Francisco Iriarte que mató como dieciocho hasta que le faltó la espada y expiró cubierto de heridas. Allí murió don Luis Portu y su hermano don Manuel en la alhóndiga don José Manuel Arellano, don Miguel Carrica, don José Posadas, don Tomás Sein, don Cipriano Urbina y otros muchos cuyo número fueron cinco en la caballeriza, once en la vivienda, siete arriba en la noria y cinco que se hallaron ahogados sin herida por haberlos precipitado el miedo con la esperanza de salvarse agarrados de la sogá; pero se corrió con el peso, y todos fueron a la eternidad.

Volvamos pues a la alhóndiga; salieron muchos vivos pero en cueros y entre dos de a caballo los conducían al cuartel de caballería en calidad de prisioneros; sólo salió vestido el capitán Peláez quien les decía que el general lo quería vivo y había ofrecido por él 500 pesos y de este modo lo cuidaron para recibir el premio que no tuvieron. Fueron también prisioneros el teniente letrado que sacó sólo media levita, don Bernabé Bustamante, don Ángel de la Riva, don Joaquín Alcayaga, don Juan Castillo, don Félix el boticario, don Miguel Arizmendi, don Pedro Telmo, el Padre Septián, el capitán don Francisco Bustamante (don José Manuel Bustamante criollo murió) don Francisco Septián y Montero, los hijos de Bernabé Bustamante, don Manuel Septián, el hijo del señor intendente, don Luis Micra, don Pedro Quijano, don Pedro Cobo, el capitán Escalera y otros muchos, que los más muy heridos escaparon de la pronta muerte, pero no de la prisión y fallecimiento que ya se había verificado en los más de sus heridas, y de la fiebre que les acometió en la cárcel, sin embargo del mucho cuidado con que se les asistió después, tanto en medicinas como en alimentos.

A las cinco de la tarde se terminó la acción en la cual murieron ciento cinco europeos, y casi igual número de los oficiales y soldados del batallón, habiendo perecido muchos indios en casi cuatro horas que sufrieron con bastante cercanía el fuego; pero se ignora el número de sus muertos porque los enterraron en el río durante la noche y sólo aparecieron cincuenta y tres que se enterraron a otro día en la parroquia y unos cuantos en San Sebastián. Entre los que murieron son dignos de elogio el europeo don José Miguel Carrica por su religión pues le hallaron cilicios cuando lo desnudaron los indios, y les pesó haberlo matado; y el americano alférez de Dragones del Príncipe don José Francisco Valenzuela natural de Irapuato por su valor, pues habiéndose quedado a caballo fuera de la alhóndiga, recibió un palo, y al instante descargó en los indios sus dos pistolas, y metiendo

mano al sable subió y bajó tres ocasiones la cuesta que llaman de Mendizábal, haciendo muchísimas muertes, hasta que con dos lanzas lo sacaron por debajo de los brazos del caballo, y viendo que ni aun así se moría lo llevaron preso y murió en el camino, repitiendo viva España hasta el último momento.

Como los indios fueron los primeros que entraron a la alhóndiga, quedó fuera de ella una multitud de plebe deseosa también de participar del saqueo; pero les era imposible entrar; una voz que se esparció de que iba a volar la alhóndiga quemándose dos cuartos llenos de pólvora a donde ya llegaba el fuego, hizo que los indios desamparasen aquel puesto, y que todo el ejército del señor Hidalgo corriera, los de a caballo a galope tendido, y los de a pie a los cerros gritando todos que se iba a quemar el castillo, en el cual no se introdujeron más que tres cajas de pólvora porque no la había en el estanco. Este suceso dejó en libertad a la plebe para que entrara, y comenzara el saqueo, pero no tardaron los indios en volver, y se verificó repartiéndose entre todos cuanto había en aquellas oficinas advirtiéndose entre la multitud una mujer, que casi en cueros salió con una talega de pesos. No se escaparon las bulas, archivos de la real caja, todos los comestibles, el maíz, y más de 60 arrobas de manteca que sacaban en los sombreros. Hubo muchas muertes tanto de ahogadas como de puñaladas por pelear cada uno su presa, y todo esto se verificó pisando los cadáveres que así por estar en cueros, como por los pisotones, heridas, maíz, arroz y manteca, mezclado con la sangre, quedaron absolutamente desconocidos. Duró la gritería hasta las 8 de la noche en que registradas aquellas bodegas por cuadrillas de hombres nada hallaban de valor y se retiraron sin hacer aprecio de los cadáveres. A las 10 de la noche se dio aviso a 2 sacerdotes de que algunos aún respiraban y fueron con bastante peligro a ministrarles algún socorro. Se hallaban entonces las trincheras desechas con una multitud de muertos; alrededor de la alhóndiga no se podía andar de cadáveres; el centro de ella aun

humeaban los pedazos de puerta y otros utensilios que quemaron. El suelo era una torta de piedras, maíz, arroz, sal, manteca, sangre y otros destrozos. Las paredes tenían manos estampadas de sangre y regadas de ella por todas partes. Las escaleras no se podían andar de muertos y sangre, y los cuartos se hallaban ya sin chapas. El cadáver del señor intendente estaba en cueros, y lo mismo 11 personas muertas en el cuarto que estaba su señoría. En otros dos cuartos estaban algunas personas heridas y con vida pero en cueros y llenos de la mayor aflicción esperando la muerte por momentos; pero algunos indios con lanza dijeron, que ya tenían orden de no matar a nadie, y aun les prestaron una u otra frazada a los heridos, habiéndose encontrado a un europeo que escapó de la muerte, porque aunque herido pudo echarse encima tres muertos, para que, lo tuvieran por tal, y así aguantó toda la noche

Nota 4ª.— Estas son las noticias que pude adquirir de varios enviados que dispuse, y examinaba con cuidado sin poderse saber con realidad, otras mil cosas que allí pasaron y contaban de diversos modos.

Ínterin esto pasaba en la alhóndiga se ejecutó igual saqueo en las tiendas de ropa, vinaterías, casas y haciendas de platas de los europeos, lo cual duró hasta el sábado por la mañana que se echó bando con pena de la vida para que no siguiese el saqueo; pero ya era tarde, y aun siguió en muchas partes sin hacer caso de dicho bando.

En la noche del viernes no se oía otra cosa que hachazos para derribar puertas, barriles que rodaban, tercios de todas clases que pasaban por las calles y multitud de gentes en ellas con ocotes, armas y bebiendo con el mayor desorden; entre 10 o 12 abrían un barril y saciados derramaban el resto, tiraban los frascos llenos; y en fin, sería no acabar pintar el tumultuoso ruido, los gritos de quién vive, la pestilencia de licores y terror que poseía a los habitantes de esta ciudad, el que se aumentó en extremo por haber tocado a fuego en Belén,

y decir las gentes que corrían por las calles, que se abrazaba la ciudad, y quiso Dios que sólo fuera una casa que se quemó entre la alhóndiga y el convento de Belén, cuyo fuego se cortó breve.

Amaneció el sábado 29 inconocible esta ciudad 34 tiendas ya no existían, ni los mostradores ni armazones de ellas. Las casas de los europeos quitadas hasta las chapas, vidrieras y balcones. No se encontraba en la calle ninguna persona decente y con mucho trabajo se conocía a tal cual de la plebe; todo inundado de hombres con lanzas, machetes, fusiles, flechas y hondas. Con ser día de fiesta no se dio misa en ninguna parte, y todo era confusión y gritos de mueran los gachupines; a pretexto de buscarlos se metieron a muchas casas y las registraron, viéndose pasar por las calles cuadrillas de hombres que llevaban a europeos, pero ya sin maltratarlos, ni encuerarlos; así trajeron a los de Valenciana y las otras minas donde se verificó también saqueo.

Es necesario decir que se escaparon de él, las casas del señor conde de Pérez Gálvez y don Manuel Portu y que las haciendas del primero y del señor conde de Casarul no fueron saqueadas enteramente, porque a unas y otras se les puso guardia.

En el citado día 29 y 30 se vendían efectos a unos precios ínfimos, como fueron barras de plata a 200 pesos, tercios de paños a 6, de cacao a 4, barriles de aguardiente a 5, onzas de oro a 8 pesos y pesos duros por 6 reales de trueque que no había; a este tenor estaban todos los demás efectos.

Habiéndose tratado de dar sepultura a los cadáveres de los europeos y criollos que perecieron en la alhóndiga se condujeron desnudos como estaban, llevándolos entre 4, de los pies y las manos, y algunos arrastrando hasta el camposanto de Belén donde se verificó el entierro de aquellos despedazados cuerpos, sin mortajas a excepción del señor intendente que se le puso una del hospital la cual le daba a la espinilla, ni otra asistencia que la del

padre capellán de aquel convento fray Luciano de la Asunción, sin que fuese posible hacer otra cosa pues no se permitía amortajar los cadáveres, ni aun hacer la más ligera demostración de sentimiento. Yo vi a una mujer que porque dijo al pasar un cadáver pobrecito, le dieron una cuchillada en la cara.

El domingo 30 por la mañana mandó el cura Hidalgo publicar un bando para que se reconociesen por alcaldes ordinarios a don José Miguel Llorente y don José María Chico que habían sido electos por el cabildo, mandando al mismo tiempo que cesase el saqueo, imponiendo pena de la vida al que robare alguna cosa; pero no hicieron aprecio de esta providencia pues siguieron todavía saqueando lo poco que había quedado. Continuó dicho señor cura repartiendo los empleos políticos y de Real Hacienda, nombrando por intendente al regidor alférez real don Fernando Pérez Marañón, quien se excusó de recibir este empleo, lo mismo hicieron los regidores don José María Septién, don Pedro Otero y el administrador de Valenciana don Casimiro Chovell, hasta que últimamente nombró al administrador de tabacos don José Francisco Gómez con el grado de brigadier, y por su teniente letrado al licenciado don Carlos Montes de Oca, a quienes les hizo saber el cura Hidalgo su nombramiento previniéndoles que los habían de admitir sin excusa ni pretexto, como lo hicieron obligados de la fuerza.

El martes 2 de octubre a las 9 de la noche se volvió a alborotar la ciudad porque le dieron noticia al cura Hidalgo de que por Valenciana venía el señor Calleja con su ejército, y que en aquella mina habían pasado a cuchillo mucha gente sin perdonar ni aun a los niños y mujeres, cuya noticia puso en la mayor consternación a todo el vecindario creyendo que corrieran la misma suerte que se decía de los de Valenciana. Inmediatamente hizo tocar generala dicho señor cura, mandando que se iluminase toda la ciudad; muchos de los indios y aun algunos oficiales tan lejos estaban de ocurrir a ponerse en arma, que luego que

supieron la novedad trataban de esconderse en las casas, siendo necesario que los dueños de ellas los hiciesen salir a fuerza, aunque algunos ni aun eso fue bastante para que depusiesen el miedo y se quedaron encerrados. Con toda la gente que pudo juntar marchó Hidalgo acompañado de sus oficiales para Valenciana, de donde se volvió luego, por haber sido falsa la noticia, con lo que a las 10½ ya estaba el lugar quieto; pero el día siguiente comenzaron a salir las cuadrillas de indios y después la caballería con el cura Hidalgo para la villa de San Felipe, donde se decía que estaba el señor Calleja con su ejército y a los 3 días volvieron por no haber encontrado nada, según contaron.

Siguió el cura Hidalgo como estaba recibiendo a los europeos que se le presentaban, de los cuales a unos mandaba arrestados, y a otros dejaba en libertad dándoles un papel de resguardo para que nadie los molestase, y lo mismo hizo con algunos de los que estaban presos indultándolos, o ya por viejos y enfermos, o ya por ser casados y con familia, y los más por los empeños y resortes que movieron los criollos honrados para libertar a sus amigos y hermanos, constituyéndose fiadores de ellos para toda resulta, logrando de aquella excepción todos los eclesiásticos europeos, seculares y regulares a quienes desde el principio mandó que no se les incomodase en nada.

Continuó dicho señor dando sus disposiciones de gobierno, y para dejar guarnición en ésta, hizo levantar un regimiento de infantería armados con lanzas, nombrándoles sus correspondientes oficiales; estableció fabricas de cañones, cuya fundición se puso luego en corriente, aprovechándose para ello del metal de las capellinas que sacaron de las haciendas de los europeos; determinó establecer casa de moneda y nombró por superintendente de ella a don Mariano Robles, dándole amplias facultades para que eligiese los demás sujetos que debían emplearse en ella, como lo hizo, señalando para poner aquel ingenio la hacienda de San Pedro que está inmediata al cuartel de Dragones del Príncipe, por ser a propósito para

ello, e inmediatamente se comenzaron a habilitar las oficinas y a construir las maquinas necesarias, en lo cual se emplearon muchos artesanos hábiles que se presentaron al efecto, y se trabajó con tanto empeño, que en menos de dos meses estaba ya todo casi concluido a la mayor perfección, de manera que dentro de muy pocos días se hubiera empezado a acuñar moneda igual a la de México con la única diferencia que en lugar de la M^o tenía G^o.

El lunes 8 de octubre salieron de esta ciudad con destino a Valladolid 3,000 hombres armados, algunos de lanza y los demás con hondas, al mando de don Mariano Jiménez colegial de minería y empleado en Valenciana a quien había hecho coronel el cura Hidalgo en premio de haber reclutado aquella gente, y a los dos días marchó dicho señor con todo su ejército, llevándose cuanto dinero había y 38 europeos que estaban sanos, de los que habían hecho prisioneros en esta ciudad, habiendo depositado antes en Granaditas 90 que traía presos de los otros lugares donde había estado; en esta prisión se fueron metiendo después a algunos de los que habían quedado heridos en la cárcel y cuarteles conforme sanaban, cuyo número fue creciendo con los que sucesivamente fueron trayendo de varias partes hasta completar 247. A estos prisioneros los custodiaba una compañía de lanceros del regimiento de esta ciudad, y se les trataba muy bien, así en la comida, como en todo lo demás que se les ofrecía, permitiéndoles que entrasen a visitarlos sus familias y amigos.

Con la marcha del señor Hidalgo quedaron los habitantes de esta ciudad desahogados de la incomodidad que padecían; pues sólo los oficiales y tropa de caballería se aposentaron en los cuarteles, en las haciendas desocupadas de los europeos y en las casas particulares, y todo el común de indios hicieron su alojamiento en las calles y plazas por las cuales no se podía transitar, así por lo mucho que las ensuciaron, como por la multitud de gente de que estaban llenas, agregándose a estas incomodidades el perjuicio que recibía el

común por la escasez de todo género de víveres, de que había muy corta entrada y se vendían a unos precios tan subidos que se hacían insoportables principalmente a los pobres.

A poco tiempo escribió el cura Hidalgo dando noticia de su entrada a Valladolid y después de algunos días de la acción que había tenido su gente en el monte de las Cruces con la tropa de México, a la cual había derrotado enteramente, tomándoles dos cañones, y que seguía su marcha para aquella capital, y en este intermedio se dijo que una parte del ejército del rey que estaba de guarnición en Querétaro había pasado a San Miguel al mando del señor conde de la Cadena intendente de Puebla, y había seguido su marcha al pueblo de Dolores con destino de unirse al señor comandante de la décima brigada don Félix Calleja para venir juntos a esta ciudad que los esperaba sin ningunos preparativos de defensa; pero el día 31 de octubre se tuvo noticia cierta de que este ejército se había vuelto por el mismo camino que había traído para Querétaro.

El día 11 de noviembre escribieron varios oficiales de Hidalgo dando noticia de que habiendo retrocedido su gente del camino de México con el fin de entrar a Querétaro, se habían encontrado en Aculco con el ejército del señor Calleja quien los había desbaratado y tomándoles 14 cañones; casi toda la fusilería que llevaban, la pólvora y demás municiones, y que en el alcance habían matado mucha gente, haciendo un gran número de prisioneros que se llevaron para Querétaro con todo lo demás de la presa. Esta noticia se confirmó después con el oficio de Allende que recibió el intendente en que le avisaba desde Celaya la derrota que había padecido, y que le previniese alojamiento para 3,000 hombres, pues venía a esta ciudad con el destino de hacerse de nueva artillería y demás pertrechos para seguir su empresa, y que lo mismo estaba haciendo Hidalgo en Valladolid, donde se había retirado con alguna gente de la que escapó de Aculco.

Nota 5ª— El lunes 13 del mismo entró a esta ciudad Allende con cosa de 2,000 hombres de caballería que tenía en Celaya el brigadier don Toribio Widrobo, los más de ellos sin armas, cosa de 30 dragones de la Reina y 8 cañones de a 4. Venían en su compañía los tenientes generales don Juan de Aldama, don José Arias y don Mariano Jiménez y los mariscales de campo don Juan de Ocón, don Mariano Abasolo y el licenciado don Ignacio Aldama ministro de gracia y justicia, con otros muchos brigadieres y coroneles: a todos se les hizo un grande recibimiento por disposición del intendente con un repique general y salva de artillería con 4 cañones que al efecto se colocaron en la plaza mayor. Desde el siguiente día comenzó Allende a dar sus disposiciones, comenzando por hacer provisión de víveres para en caso de un cerco; siguió esforzando la fundición de cañones, de los cuales salieron algunos muy buenos. El jueves 15 del mismo recibió Allende noticia de la toma de Guadalajara y San Luis Potosí que mandó celebrar con un repique general y salva de artillería que se continuó la madrugada del día siguiente.

El domingo 18 por la tarde se hizo una procesión muy solemne sacando en ella al Santísimo Sacramento y Nuestra Señora de Guanajuato; salieron cargando a esta Santísima Señora los tenientes generales Aldama y Jiménez, el mariscal de campo Abasolo y el intendente Gómez; llevaba la causa el capitán general Allende, quien se presentó con un buen uniforme bordado y por divisas dos trenzas hechas de cordón de oro torcido, cada hilo de cerca de un dedo de grueso que le daban vuelta desde los hombros por la espalda y lo mismo por delante hasta juntarse más abajo del codo, donde terminaban con una borla del mismo hilo. Los tenientes generales llevaban una trenza sola igual a aquellas en el hombro derecho y el mariscal de campo en el izquierdo, cuyas divisas usaban continuamente.

El lunes 19 tuvo noticia Allende que el señor don Félix Calleja se hallaba en Celaya con su ejército y que se dirigía a esta ciudad. Inmediatamente le dio noticia a Hidalgo de lo

que pasaba, y al brigadier Iriarte que estaba en San Luis Potosí para que vinieran a reunírsele, lo que no se verificó. Desde entonces salía todas las mañanas acompañado de algunos de sus oficiales a reconocer todas las alturas, y eligió los puestos que le parecieron más a propósito para su defensa, en los cuales mandó colocar cañones que dominaban todos los caminos por donde debía venir el ejército. Hizo agujerar en distintos parajes de la cañada de Marfil muchos barrenos y cargarlos para que los disparasen al tiempo que pasara el ejército; y últimamente dio cuantas disposiciones le parecieron convenientes al efecto distribuyendo la gente que consideró necesaria en cada punto de defensa en lo cual empleó los días siguientes hasta el viernes 23 en que mandó citar una junta de todos los eclesiásticos así seculares como regulares y cuando ya estuvieron congregados, les dijo el licenciado Aldama que la presidió a nombre de Allende que era necesario que predicasen al pueblo, estimulándolo a tomar las armas por la causa que defendía, haciéndoles presente que su proyecto no se dirigía ni contra la religión ni contra el rey, y que sólo se encaminaba a libertar este reino de que fuese entregado al francés y conservar estos dominios para su legítimo soberano el señor don Fernando VII con cuya idea, algunos de los eclesiásticos predicaron esa misma tarde al pueblo y los más de ellos sólo redujeron su sermón a hacerles ver que todos estamos en obligación de derramar hasta la última gota de sangre en defensa de la religión del rey y de la patria.

El sábado 24 del mismo a las 8 de la mañana tuvo noticia Allende de que el ejército del señor Calleja había dado vista a la primera batería que estaba en Rancho Seco, por lo que mandó inmediatamente que marchase toda la gente y artillería que restaba al mando del teniente general Jiménez que debía dirigir la acción. Dadas las 12 avisaron que ya el ejército contrario había tomado algunos cañones y muerto mucha gente, cuya noticia lo movió a tocar generala, y con la campana mayor de la parroquia a rebato, para recoger la

plebe, cuyo toque no sirvió de otra cosa que de poner al vecindario en la mayor consternación; retirándose toda la gente decente a sus casas llenos de miedo, acogiéndose algunas familias a las iglesias y conventos, y todos los demás del pueblo a los cerros para ver el fin de la acción.

Tardó poco rato en oírse el estruendo de la artillería que disparaban de una y otra parte sin cesar, y a cada instante se tenía noticia de las ventajas que conseguía el señor Calleja, quien hizo de su ejército dos divisiones, dándole el mando de la derecha al señor conde de la Cadena y reservándose él para sí el de la izquierda, y en esta forma fueron avanzando el señor Flon por el camino de la hierbabuena hasta llegar a las Carreras, y el señor Calleja con la artillería por el camino nuevo de Santa Ana, hasta llegar a Valenciana, después de haber forzado las baterías que estaban en las alturas de ambos caminos, tomando los cañones que había en ellas, y luego que llegaron a los dos puntos citados mandaron hacer alto a sus tropas, así para darles algún descanso, como por que ya faltaba poco para ponerse el sol.

Serían las 3 ½ de la tarde cuando un negro platero llamado Lino, natural del pueblo de Dolores, noticioso de que la acción estaba por parte del señor Calleja, y que sin duda sería completa su victoria, salió por todas las calles y plaza juntando cuanta gente encontró de la plebe, a la cual sedujo a que fuese a la alhóndiga de Granaditas a matar a los europeos que estaban allí presos, diciéndoles para inclinarlos a cometer aquel terrible asesinato, que ya el señor Calleja había ganado la batalla, y que había de entrar con los demás gachupines degollándolos a todos por lo que sería bueno matar a cuantos estaban en Granaditas para tener esos menos enemigos. La plebe que por lo regular es inclinada a lo malo a pocas persuasiones abrazó la proposición de aquel hombre perverso, quien con un gran número de ella se dirigió a Granaditas, donde encontraron con don Mariano Liceaga que noticioso del

caso había ido a aquel paraje con destino de defender a los europeos, como lo hizo hiriendo varios con el sable, hasta que lo derribaron de una pedrada y caído le dieron tantos golpes que casi por milagro quedó con vida. Poco después llegó el capitán don Pedro Otero asociado de sargento Francisco Tovar con el mismo fin que Liceaga, pero no tuvieron mejor suerte que el primero y a penas pudieron escapar con vida de entre aquella multitud de hombres enfurecidos.

Luego que al señor cura don Juan de Dios Gutiérrez le informaron de lo que pasaba se fue para Granaditas acompañado de varios sacerdotes así clérigos como religiosos para ver si podía contener aquella desgracia, pero de nada valió su diligencia, pues cuando llegaron ya aquellos hombres habían forzado las puertas de los cuartos donde se encerraron los europeos y matado la mayor parte de ellos, haciendo tal carnicería que de 247 que allí existían y 2 señoras que estaban acompañando a sus maridos sólo escaparon 30 y tantos y una de las dos señoras aunque muy mal herida; después trataron del saqueo que verificaron, llevándose varios tercios de efectos que estaban guardados en un cuarto, y las camas y ropa de los europeos dejando los cadáveres desnudos.

Los que se libertaron (aunque algunos de ellos estaban heridos y la señora) luego que pudieron salir de Granaditas fueron a refugiarse unos al convento de Belén donde fueron recibidos y curados por sus religiosos con la mayor caridad, y otros a distintas casas particulares donde encontraron la misma piadosa acogida, con lo que se divulgó por la ciudad aquel lastimoso suceso y todos los vecinos honrados de ella se llenaron del mayor sentimiento considerando el fin trágico de aquellos desgraciados y al mismo tiempo se consternaron demasiado representándoseles el enojo que tan horrible crimen había de causar al señor Calleja, aunque para cometerlo no habían tenido orden de nadie y sólo había sido proyectado y ejecutado por el malvado negro platero y la plebe que sedujo, en cuyos

perversos corazones sólo pudo haber tal maldad.

Desde las 5 de la tarde que cesó el estruendo de la artillería quedó la ciudad en el mayor silencio que continuó en la noche hasta las 3 ½ de la mañana que fue interrumpido por un cañonazo que dispararon los artilleros de Allende, con un cañón de a 16 nombrado el defensor de la América que desde el día anterior habían colocado en el cerro del Cuarto, desde donde hicieron fuego sin cesar toda la tarde para impedir la entrada por las Carreras a la división del señor conde de la Cadena quien luego que oyó aquel tiro mandó responderlo con otro disparado con un cañón de los que les habían cogido en sus baterías el día anterior. Siguió el silencio hasta las 7 de la mañana que volvieron a hacer fuego con el referido cañón el cual continuaron muy vivo hasta las 8 ½ que comenzó a bajar la división del señor Calleja por el camino de Valenciana hasta donde avistaron el cañón y comenzaron a tirarle con tanto acierto que la primera bala mató a dos de los que lo manejaban, y la segunda lo desmontó haciéndole pedazos la cureña con lo que se terminó la acción comenzada el día anterior en la cual pereció mucha gente de la de Allende (quien se retiró con la restante) y un corto número del ejército del rey del cual comenzó a entrar en la ciudad por el camino de las Carreras la división que mandaba el señor conde de la Cadena sin el menor obstáculo.

Nota 6ª.— El señor Calleja que estaba noticioso del suceso de los europeos en Granaditas y justamente indignado con la plebe por tan execrable maldad mandó tocar a degüello y dio orden a sus tropas de que pasasen a cuchillo como se verificó desde Valencia hasta esta ciudad, donde habiendo llegado al barrio de San Roque, mandó suspender la orden y se dirigió para las casas consistoriales, al mismo tiempo que llegaba a ellas el señor conde de la Cadena.

Nota 7^a.— Inmediatamente hizo salir la mayor parte de sus tropas y artillería y que fuesen a acamparse a la salida de Marfil en Jalapita, quedando sólo en esta ciudad el regimiento de la corona y el de Dragones de Puebla. Hizo publicar en aquella hora un bando. Mandó prender al mismo tiempo a varios sujetos particulares y conducirlos al campamento, donde estuvieron hasta otro día por la mañana que los trajeron a Granaditas; siguió dando otras providencias para restablecer el gobierno antiguo, nombrando por intendente interino al señor alférez real don Fernando Pérez Marañón, restituyó al empleo de alcalde ordinario de 1^o voto a don Miguel Arizmendi, y por medio de un oficio le previno al cabildo procediese a nueva elección para el de 2^o respecto de los vicios de que había padecido la que se hizo de don José María Chico. En la tarde del mismo día hizo publicar otro bando, el cual fue obedecido puntualmente y con particularidad en la presentación de las armas de suerte que al siguiente día se juntó un gran número de ellas de todas clases, que se llevaron al campamento, sin que ni aun los alcaldes, regidores y demás empleados les quedase ni una espada.

El lunes 26 por la mañana, hizo juntar todos los carpinteros de la ciudad para que fabricasen horcas que mandó poner (a más de la que está en la plaza mayor) frente de Granaditas, en la plazuela de San Fernando, en la de la compañía, en la de San Diego, en la de San Juan, en la de Mejía de Mora, y una en cada plaza de las minas principales. Nombró un comisionado de los oficiales de su ejército que acompañado del escribano de cabildo fuese a Granaditas y examinando a la plebe que habían prendido el día anterior y estaba encerrada allí, calificasen los que eran conocidos por hombres de bien y que no habían tenido participio en el suceso de los europeos, y los pusiesen en libertad, y que a los restantes los diezmasen para ahorcar a los que les tocara la suerte. Así se ejecutó y después de haber dado libertad a un gran número de ellos se diezmaron 200 y los 20 que resultaron

fueron pasados por las armas allí mismo porque no había verdugo para ahorcarlos. El mismo género de muerte sufrieron tres de los sujetos principales que habían traído del campamento, que lo fueron el intendente don José Francisco Gómez, don Rafael Dávalos colegial de minería, catedrático de matemáticas de este colegio, capitán de artillería con grado de coronel, y director de la fundición de cañones, y don José Ordóñez teniente veterano del regimiento de Dragones del Príncipe y sargento mayor del regimiento de infantería que se había levantado aquí nuevamente.

El martes 27 se diezmaron 180 y los 18 que resultaron de esta operación fueron ahorcados esa misma tarde en la plaza mayor. El miércoles 28 por la tarde sufrieron la misma pena en la horca de Granaditas 8 individuos en cuyo número se comprendieron don Casimiro Chovell, colegial de minería y administrador de la mina de Valenciana, don Ramón Favré colegial de minería y empleado en dicha mina, y don Ignacio Ayala dependiente de la mina; el 1º coronel, el 2º teniente y el último sargento mayor del regimiento de infantería que levantaron en la repetida mina. El jueves 29 por la tarde se mandó imponer la misma pena del último suplicio a 4 individuos y cuando ya dos la habían sufrido en la horca de Granaditas mandó el señor Calleja publicar el bardo de indulto que se solemnizó con un repique general y lograron de aquella gracia los dos que restaban.

El mismo día por la mañana mandó que se presentasen todos los eclesiásticos y les hizo presente el resentimiento que tenía de que algunos individuos de aquel venerable cuerpo hubiesen predicado, estimulando al pueblo a tomar las armas y les previno que para lo sucesivo enmendasen aquel hierro, como lo hicieron, disponiendo una misión que duró por muchos días, predicando ya en las plazas, ya en las Iglesias a un numeroso pueblo que concurría.

Después de la referida junta mandó el señor Calleja arrestar a algunos de los eclesiásticos que habían predicado antes de su venida, y a otros les previno que fuesen a presentarse al excelentísimo señor virrey. Mandó igualmente poner en libertad a varios sujetos de los principales que habían quedado presos, y a los demás que se les siguiese procesando por el comisionado y en el día están varios de ellos libres; procedió en 2ª nombrar para teniente letrado de esta intendencia al R. licenciado don Martín Coronel, para ministros principales de Real Hacienda a don Francisco Mareño y don Bernardo Galindo; para administrador de alcabalas a don Ildefonso Pérez Marañón; para contador de la misma oficina a don José Ignacio Saliela administrador de correos, para esta resulta a don Marcos Pérez Marañón, recayendo la administración de tabacos conforme a ordenanza en el visitador don Ramón Antonio de Neira, cuyos nombramientos aprobó la superioridad con todo lo demás que había ejecutado.

En los días siguientes continuó el señor Calleja arreglando varias cosas de gobierno, mandando destruir la fábrica de cañones y muchos de éstos, reservando el defensor de la América que mandó a México, y otros de igual calibre que llevó consigo. Mandó igualmente destruir las oficinas de la casa de moneda, recogiendo todos los instrumentos y demás utensilios de que se hizo un formal inventario para remitirlos a México, en lo cual se ocupó hasta el día 11 de diciembre que se verificó su marcha dejando colgados en la horca de San Fernando dos reos a uno por habersele probado que había concurrido al saqueo primero de Granaditas, de donde extrajo una talega de onzas de oro, y al otro por varios delitos, con lo que se completó el número de 53 ajusticiados incluso los 6 decentes de que se ha hecho mención de los cuales ninguno era natural de esta ciudad y de los 47 restantes a penas uno u otro.

Luego que acabó de salir el ejército hizo publicar el señor intendente un bando y convocó una junta de todos los vecinos decentes que se verificó al día siguiente para tratar del resguardo de esta ciudad, y muchos de ellos se ofrecieron voluntariamente sin estipendio alguno, como lo están haciendo hasta el día, con lo que y las demás providencias dictadas por nuestro sabio magistrado, logra este desgraciado lugar de algún sosiego.

Nota 1^a.— El día 25 de septiembre se hallaba Carrillo solo en la casa del señor conde de Valenciana por ausencia de don Francisco Palacios a la hacienda de Santa Ana, intentó por segunda vez extraer de la alhóndiga de Granaditas 400 fanegas de maíz que se hallaban en la sala número 30 conociendo el peligro que corría lo que no pudo conseguir, y este motivo le proporcionó la concurrencia en aquel día con el señor intendente Riaño quien le intimó que inmediatamente llevara los caudales del señor conde a dicha alhóndiga, único punto seguro de todo Guanajuato; le hizo ver que sería responsable a Dios y a su amo si éstos se perdían dejándolos en la casa, pues amenazaba un saqueo general estando sin resguardo ninguno la ciudad. Trabajó mucho dicho Carrillo en hacer ver al señor intendente que allí corrían mayor peligro, y llegó la cuestión hasta intimarle que no asistiera a la junta de los vecinos porque no les manifestara la idea clara y evidente de que eran vencidos en poco tiempo, de que estaba creído el repetido Carrillo, quien se negó a llevar allí los caudales padeciendo las mayores congojas sin tener con quien consultar en un lance tan ejecutivo, que quiso Dios se acertara, pues que pereció el maíz y cuanto había en la alhóndiga, quedando intacta la casa del señor conde con sólo el sacrificio de 1,000 cargas de costales salineros y 21 frascos de azogue que pidió el señor intendente, con más 60 barras mineras que se trajeron de la mina de Valenciana para la fortificación, cuyos utensilios perecieron.

Nota 2^a.— El día 26 por la mañana, mandó el señor intendente publicar un bando con toda solemnidad en que perdonaba los tributos de esta ciudad; y siendo esta una cosa por que ha suspirado la plebe, pidiéndola a gritos en las juras del soberano. Aquel día no se oyeron aclamaciones ni vivas, antes sí se advirtió el mayor desaliento y pelotones de gente que hablaban por lo bajo, como burlándose de aquella oferta.

Nota 3^a.— La comunicación que tenía el fuerte con la hacienda de Dolores, era calle de por medio, pues en la pared de dicha hacienda abrieron una puerta y esta calle era parte de la plazoleta que circundaba a la alhóndiga, resguardada de las trincheras.

Nota 4^a.— De todo el saqueo de la alhóndiga no logró el cura Hidalgo más que 8,000 pesos en reales y 82 barras de plata que quitaron sus soldados; pues todo lo demás se lo llevaron los indios y plebe de esta ciudad.

Nota 5^a.— Cuando se habla de brigadieres, mariscales de campo y otros empleos de esta clase, se debe entender los títulos que daba el cura Hidalgo con estas denominaciones.

Nota 6^a.— Luego que el señor Calleja llegó a Valenciana se le presentaron los encargados de justicia; y habiéndoles preguntado por quién eran puestos respondieron, por el cura Hidalgo. Les dijo que siguieran por ahora, proveyeran al ejército de lo que necesitara, en inteligencia de que todo se había de pagar y que al día siguiente por la mañana fijaran el bando del indulto y el edicto del Santo Oficio con la excomunióon del cura Hidalgo, cuyos dos impresos les entregó. A este tiempo preparaban su fuga don Casimiro Chovell, su cuñado Ayala, los capellanes Zúñiga y Aspeytia, pero como vieron lo indulgente de dicho bando, y que al otro día se había de fijar, durmieron tranquilamente. El europeo don Andrés Otero que escapó de Granaditas, durmió aquella noche en el coro de Valenciana, y otro día a las 5 se presentó al señor general Calleja, y le hizo sabedor de la degollación que el día 24 de noviembre por la tarde habían padecido los europeos en la

alhóndiga. Justamente irritado por esto dicho señor general recogió el bando del indulto, mandó tocar a degüello y prender a Chovell y a Ayala que expiraron en la horca; y a los padres Zúñiga y Aspeytia que con otros eclesiásticos fueron llevados presos a Querétaro.

Nota 7^a.— Los 4 bandos que hizo publicar aquí el señor Calleja contenían el impreso del indulto, otro para que no se anduviera en la calle después de la oración, se entregaran los bienes de los insurgentes, no hubiera pelotones de gente, se entregaran las armas, barras de plata y tejos de oro comprados del saqueo: que donde mataran a un europeo criollo honrado, o soldado, se sortearan 40 y ahorcaran 4, con otras cosas de buen gobierno.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602